

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza
Carlos Hoevel	9	La ilusión de ser argentino
Florian Pitschl	22	Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza
Alicia Zanotti de Savanti	35	Encontrar la alegría
Enrique Aguilar	49	La relación de Ortega y Gasset con la Argentina
Fernando Devoto	64	El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad
Alberto Espezel	73	Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre
Erich Kock	83	Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte In Memoriam Ernst Jünger

Encontrar la alegría:

El Juego como Camino de Encuentro

*Alicia Zanotti de Savanti **

Un joven llegó un día a mi consultorio contándome que quería obtener un título universitario en alguno de los temas relacionados con la economía, porque, aunque no le interesaba estudiar, creía que “hoy no se puede ser alguien” sin alguna certificación universitaria, incluyendo un posible post-grado. Mientras tanto, dudaba qué hacer ante la tentación de un ofrecimiento laboral que le resultaba muy atractivo porque no le exigiría estudiar y, en muy poco tiempo, debido sus vinculaciones familiares y amistosas, podría ganar rápidamente una suma importante de dinero. Se mostraba angustiado porque hacía ya varios años que no podía resolver este dilema entre lo que “debería” y lo que le “gustaría” y pasaba el tiempo sin encontrar solución a la situación. Su estado de ánimo era de tristeza, desvalorización de sí mismo, poca confianza en sus posibilidades, y hasta dudas acerca de su capacidad intelectual, debido a los fracasados intentos académicos, aunque a simple vista irradiaba simpatía y cierta alegría juvenil.

Por entonces leí en un periódico que en Boston, un joven argentino, algunos años mayor que el ya mencionado, acababa de ganar el premio al mejor científico joven del mundo en biofísica por la originalidad de sus aportes sobre la dinámica de los lípidos, y sufría el dolor que le ocasionaba la posibilidad de no volver a su país, ya que de aquí debió partir para poder continuar con la investigación que le

* Médico y Lic en Psicología. Terapeuta de Niños y Familias. Profesora de Psicología Social en la UCA y en el postgrado de psiquiatría de la UBA. Miembro de la Comisión Nacional de Caritas.

apasionó desde niño, cuando desde su ciudad natal -en el interior de la provincia de Córdoba- jugaba mezclando sustancias y observando los efectos de sus preparados sobre las plantas de perejil de un vecino.

Extraña paradoja entre quien, buscando el reconocimiento de nuestra sociedad a través de atributos como título o dinero, no encuentra ningún camino y quien, entregándose con pasión a su vocación, sin buscarlo, encontrará el reconocimiento de sus pares, pero en tierra extranjera.

Estas dos experiencias, tomadas entre tantas, ejemplifican muchas historias similares y me dieron ocasión de reflexionar sobre algunos mecanismos que operan en los orígenes de sentimientos hoy tan difundidos como la desesperanza, la frustración y la falta de horizonte, en oposición a la esperanza, la confianza y la alegría de sentirse vivo, y sobre las condiciones que les dan marco, estructura y posibilidad.

Descubrimiento de un sentimiento

En nuestro país, pero especialmente en nuestras grandes ciudades, todos los días, gran parte de la población tiene que asumir una catarata mediática de transmisiones que aportan desazón, conflicto, violencia y acusaciones recíprocas. El resultado más palpable es un sentir comunitario que puede resumirse en expresiones tales como “a nadie le interesa nada que no sea su propio beneficio económico”, “esto no tiene salida, ni la tendrá en los próximos años”. Hay quienes aventuran aún más: “yo no la veré”...

No es necesario profundizar demasiado en estas manifestaciones para reconocer que nuestra sociedad sufre un estado de ánimo patognomónico de eso que llamamos genéricamente **depresión**, que se caracteriza por un estado de tristeza, abatimiento, y cansancio. El día se ve nublado aunque brille el sol y las flores exploten de color y perfume. Un sentimiento de muerte y de falta de sentido no permite proyectar el futuro, ni elaborar proyectos. Todo queda condicionado por los acontecimientos inmediatos, que no pueden pensarse en su contexto histórico. Cuando la situación se extrema, la sensa-

ción de muerte es tan intensa que obliga a disponer métodos de protección para que quien la padece -consciente o inconscientemente- no atente contra su vida

Hoy el único consenso parece centrarse en la convicción de que “la gente está mal”. Fieles a nuestra idiosincracia nacional, nos debatimos en la etiología del diagnóstico, sin que los finos análisis, que van desde lo económico a lo ético, desde lo político hasta lo cultural -repetidos hasta el cansancio- permitan acertar con alguna indicación que modifique lo sentido .

Por el contrario, la repetición estereotipada de lo mismo profundiza el problema, porque actúa como lo que en psicología experimental se llama “refuerzo positivo”, es decir, confirmando la vigencia de lo que se describe: la imposibilidad de la salida.

Esta situación no es exclusiva de nuestra país. Algo similar pasa en el mundo, hasta tal punto, que desde París, un psicoanalista, Tony Anatrella, se pregunta en su libro *Contra la sociedad depresiva*¹, si después de la sociedad industrial, y de la sociedad del ocio, no estaremos en la sociedad depresiva, que ante la imposibilidad de elaborar un Ideal, cae en fenómenos de ruptura individualista equivalentes a un suicidio colectivo.

Sin embargo, entre nosotros este fenómeno tiene características propias, porque sufrimos este desaliento sin haber pasado por el frenesí de la sociedad industrial y sufrimos la frustración de no estar como creemos que deberíamos estar, o como creemos que alguna vez estuvimos, y no acertamos a acortar esa distancia entre nuestro estado actual y nuestra expectativa. Por el contrario, la brecha parece ser cada vez más honda y desconcertante, porque todo parece indicar que solos no somos capaces de encontrar solución.

¹ - Anatrella Tony- *Contra la Sociedad Depresiva*. Sal Terrae. España. 1994.

Algo se ha perdido...

Otro autor, esta vez un pediatra y psicoanalista inglés, nos brinda un término que puede ayudarnos en nuestra reflexión. Donald Winnicott, estudioso de la psicología infantil y de la importancia de las primeras etapas de la vida para nuestra suerte futura, habla de **deprivación**,² (concepto tomado a su vez de J. Bowlby) como el estado que revela que se ha perdido algo bueno que alguna vez se tuvo y se diferencia de la simple privación, que es carecer de algo que nunca se tuvo. En la deprivación hay una nostalgia por lo perdido, algo que hasta cierto momento ejerció un efecto positivo y que se nos ha quitado. Esa nostalgia ejerce una influencia fuerte sobre el presente, porque despierta agresión, malhumor, protesta tendiente a que alguien nos devuelva lo que teníamos o creíamos tener. Por eso, Winnicott señala que lo que sigue al sentimiento de deprivación emocional es una conducta antisocial, es decir, contraria a la búsqueda de una solución compartida como resultado de una comprensión del problema; el anti-social destruye los vínculos y “compele al ambiente a adquirir importancia”. Exige que “alguien de afuera” se haga cargo de lo que le pasa y se lo solucione, y cuando no lo consigue, recurre al robo y a la mentira. Pero agrega algo más, interpreta esta conducta antisocial como una expresión de esperanza. Que debe captarse como tal y comprenderse para orientarse hacia la solución.

Si aceptáramos estos supuestos, podríamos preguntarnos: ¿qué hemos perdido realmente los argentinos y sobre qué tipo de solución fundamos la esperanza del rescate?

Las primeras décadas del siglo XX nos permitieron pensarnos como un país con un destino de éxito asegurado, y se popularizó una visión de nosotros mismos de características infantiles basada en gran parte en la creencia de que habitábamos una suerte de paraíso donde el mal jamás nos alcanzaría. El bienestar era para nosotros un derecho adquirido. Dios era argentino con una teología implícita de que la buena fortuna es el indicador de que Dios nos privilegia.

² - Winnicott D.W.- *Deprivación y Delincuencia*.- Paidós. Buenos Aires, 1990.

Nuestro bienestar no se ligó a procesos históricos, a contextos más amplios, ni a los hábitos de trabajo y procesos de aprendizaje que eran el fruto de sostenidas transmisiones generacionales. Ortega y Gasset entre otros, nos advertían de la falta de solidez de una postura que huía de la relación con el mundo real.

Los hechos internacionales acaecidos en las décadas que siguieron -incluyendo los fenómenos de la globalización y sus complejidades- cambiaron nuestra situación en el mundo. Por otra parte, la revisión histórica, que a veces de modo sádico y destructivo dismanteló muchos mitos, más la conciencia de los errores cometidos, nos privaron de esa identidad imaginaria, algo grandilocuente y triunfalista, que nos daba un también imaginario sentido de seguridad y confianza en nosotros mismos.

Nuestras raíces cercenadas por la inmigración y una concepción de la independencia como negación del origen, la difícil integración entre las distintas regiones del país, las nuevas migraciones y la carencia de relatos del pasado que nos permita nuclearnos alrededor de un proyecto común, nos dificulta encontrar hoy una pertenencia y una identidad desde las cuales re-elaborar un ideal y salir de la depresión. Intentamos porfiadamente una salida maníaca, que hace que sigamos buscando una figura idealizada o una decisión mágica que arregle todo lo que nos pasa. Cada vez que corroboramos la inviabilidad de esa expectativa nos desalentamos. Los hechos de todos los días nos desilusionan y nos enojan. Así, la debilidad de nuestra interioridad se revela en nuestra poca capacidad de tolerar la crisis y aceptar la desilusión, que es un momento de gran fecundidad para discriminar alternativas posibles de fantasías mesiánicas. Corremos el riesgo de perder esta oportunidad de sincerarnos con nosotros mismos como sociedad, cobijándonos en los vericuetos de la nostalgia, que es esa porfía por regresar al bien perdido que ya no está y más perdido aún cuanto más ilusoria fue su realidad.

Sin motivación enraizada en nosotros mismos, necesitamos de movilizadores emocionales externos que nos despierten y nos inviten a creer, que nos organicen, en lugar de reencontrar nuestros valores. De allí nuestra acentuada tendencia a idolatrar propuestas y personas.

Nacimiento de la interioridad

En este ambiente han crecido los dos muchachos de nuestro relato. El primero en un hogar protegido por una familia cuya situación económica y social le aseguraba “necesidades básicas satisfechas”. No encuentra intereses, se prohíbe a sí mismo los juegos en los que podría reconocerse porque no serían aceptados por el ambiente que lo sostiene, mientras se abruma obligándose a cumplir con los mandatos que cree que le exigen. El otro, desde niño desarrolló un marcado interés por la vida, porque jugando con la biología se le revelaban las maravillas del Misterio. Pudo experimentar, estudiar, y continuar en su edad adulta con lo que le apasionaba, luchando contra las dificultades, buscando solucionarlas, y participando activamente en el señalamiento específico de los problemas que como país debemos afrontar para que se pueda seguir investigando.

Entre las dos historias, podemos imaginar todas las reflexiones que se han ensayado sobre el siempre esquivo tema de la felicidad. ¿Porqué algunos que parecen llevar adentro la luminosidad de la esperanza y el espíritu ante las adversidades, han sobrevivido sin quebrarse a guerras, campos de concentración y desastres naturales, mientras otros sucumben ante la más mínima dificultad? Más allá de los condicionamientos de la genética y de lo macroeconómico, nos encontramos con sentimientos que hacen referencia a la posesión de un bien que se siente seguro, a la satisfacción de un deseo, a la plenitud afectiva de la existencia. ¿Dónde se gesta esa alegría que es signo de un destino que se realiza en la certeza de estar en lo propio más allá de las frustraciones?

Winnicott responde que **la posibilidad de construir un interior habitado por la alegría de saberse amado** es la base sobre la que se edifica la seguridad en nosotros mismos. La construcción de ese espacio requiere ciertas condiciones. Cuando éstas se dan, en la intimidad de la relación con la madre, en un **intercambio de confianza y aceptación mutua**, el niño puede crear un lugar y un espacio llamado transicional, desde donde se instaurará **la posibilidad de lo simbólico**, condición para el desarrollo del **juego, el trabajo y el mundo cultural**. Posibilidad de la metáfora y de salir del encierro de

su subjetividad y crear una relación con el mundo, a partir de la cual desarrollará una manera particular de estar en la existencia. Posibilidad de crear y recrear simbólicamente en su interior una realidad externa que quiere transformar y abrirse a la alteridad de la Trascendencia.

Si esto no ocurre, la persona queda encerrada en su sí misma, y no puede hacer el tránsito desde lo imaginario a lo simbólico³.

El biólogo chileno Maturana agregará que en esa temprana intimidad corporal entre el ser humano y su primer ambiente se crea una manera de vivir lo emocional y los modos vinculares que la emocionalidad conlleva, que transmitidos de generación en generación nos permiten encontrar las maneras culturales de ser y la posibilidad del cambio. Así, estos autores nos señalan que los estados básicos del ánimo o del humor de una comunidad enraizan profundamente en lo cultural, vivido y transmitido a través de las modalidades de la crianza infantil y el lenguaje. Por tanto, el significado que luego tomarán los acontecimientos personales y sociales, estará fuertemente condicionado por estas experiencias.

Desarrollando la capacidad de jugar

En la situación de desazón que vivimos, se recurre a diversos medios para apoyar a los que enfrentan mayores dificultades. La difusión masiva de talleres en los que se permite vivenciar problemas en comunidad con otros en igual situación, apunta a aliviar el dolor compartiendo la carga y tratando de despertar los aspectos creativos de la personalidad. La creatividad es el antídoto más eficaz ante la depresión. El juego es el camino privilegiado a través del cual esa posibilidad creadora despertó en nosotros en los albores de nuestra existencia.

Vale la pena entonces preguntarnos cuál es la cualidad específica del juego tal que permite que a través de él se desarrolle el de-

³ - Winnicott D.W. Realidad y Juego – Gedisa-, 1972.

seo y se construya la interioridad. Por oposición, quedan explicitadas las condiciones que elicitán una actitud defensiva y encubridora.

¿Qué es jugar? Es entrar en diálogo con el mundo desde el interior de uno mismo, sin otra pretensión que el placer de disfrutar de esa posibilidad, viviendo la gratuidad del momento sin especulaciones posteriores. Es una actividad plenamente válida en sí misma.

En este sentido el juego es **lo opuesto a lo utilitario**, es decir, a aquello que no deseo en sí, pero que hago para conseguir otra cosa. Dejamos de jugar cuando nos invade la preocupación por los resultados, y éstos dejan de ser “lo que resulta de”.

El juego es también **lo opuesto a la apariencia**. Tiene una profunda dimensión de seriedad y realismo. El niño se concentra en su juego, vive sus personajes, llora si le quitan su muñeca o alguien se sienta en la silla de su amigo imaginario. Permanece en esa zona intermedia entre el afuera y el adentro que nos atrapa cuando elaboramos y creamos algo. La obligación de parecer destruye la interioridad. El juego **se caracteriza por la actitud** que comporta, más que por la actividad en sí. Uno puede cocinar, construir una casa, arreglar un auto o preparar una clase. El placer lúdico derivará de que la atención esté puesta en el encuentro con el objeto en sí, y no en otra cosa, aún cuando tenga además un propósito externo. Por eso tiene su continuación en el arte, en la ciencia, y en el trabajo creativo. Lo reconocemos cuando alguien dice: “me pagan para que haga esto, pero si así no fuese, pagaría para poder hacerlo”. Por eso trabajo no es igual a empleo. Cuando el trabajo se hace sólo por la necesidad de la remuneración, ese potencial suele volcarse en “hobbies” que dan satisfacción.

Jugar es **superar lo que nos divide**, porque nos encontramos en ese espacio compartido donde sólo importa integrarnos a la tarea en cooperación y colaboración, internalizando las leyes de respeto y aceptación mutua que esa integración exige. Cuando falta alguien para armar un partido, lo único que un niño pregunta a otro niño como condición de admisión es ¿“sabés jugar”?

Así jugar es la posibilidad de vivir un espacio compartido, sin otra finalidad que estar juntos en la alegría de lo que nos gusta y de lo que vamos desarrollando.

El niño que no puede jugar se aburre. El niño que se aburre tarde o temprano cae preso de la violencia, se vuelve quejoso e hiperdemandante. Espera todo del otro. Nada le sirve. No puede aprender. No ha podido desarrollar una interioridad en diálogo creativo con el mundo. Siguiendo a Winnicott diríamos: como no puedo encontrar mi deseo, tengo que identificarme con lo que otro espera de mí, y crezco en esa identificación imaginaria de lo que supongo que tengo que ser para ser aprobado. Y cuando descubro que lo que el otro espera de mí, no está centrado en que yo sea lo que estoy llamado a ser, sino que me pide que cumpla con convenciones que tarde o temprano descubro vacías de sustancia, caigo en una depresión profunda, que me hace descreer de todo.

Condiciones para el desarrollo del juego

No es difícil reconocer, a partir de lo descrito, que el primer joven de nuestro ejemplo no encuentra lo suyo. Es que el desarrollo de las personas no puede hacerse sólo en términos del individuo, sino que la conducta del ambiente es parte intrínseca para ese desarrollo personal. Y como ya señalamos, el juego sólo puede desarrollarse en el contexto de relaciones de confianza mutua, donde cada uno se siente amado y respetado por sí. Si alguien interfiere con sus intereses personales, por ejemplo, si hace trampa, se acabó el juego. Obliga a cuidarse y defenderse, y se destruye la relación de cooperación, colaboración y cariño. Por eso la mentira, la hipocresía y la corrupción destruyen toda posibilidad lúdica, vincular, creativa.

Es necesario también contar con un ambiente protector, exento de peligros inmediatos como consecuencia de nuestra acción. Seguramente nuestro joven investigador no sentiría que algo muy peligroso para su autoestima, o aún para su integridad personal ocurriría si algunos perejiles se secaban. O que no podía confiar en que los plantines

tendrían el tiempo que necesitaran para crecer, porque alguien podía arrancarlos. O que podrían darle un veneno sin advertírsele.

Un niño puede jugar a la guerra y así elaborar su frustración o su lucha interior contra adversarios a los que alguna vez tendrá que integrar en su mundo real, pero si a ese niño se le permite acceder a un arma, jamás podrá jugar ni crecer. Puede matar y matarse. No tiene acceso al mundo simbólico desde el cual en su interior puede construir y reconstruir el afuera. Le estamos negando el acceso a la cultura. Le estamos imposibilitando una socialización humanizante.

Un recorrido por los colegios de enseñanza media y por los consultorios de orientación vocacional, nos mostrarían lo endémico del fracaso de un ambiente que no permite desarrollar una interioridad creativa. Toda la falla educativa es, en última instancia, la resultante última de una incapacidad de nuestra sociedad para desarrollar un diálogo placentero con el objeto de aprendizaje, que integre el esfuerzo y la disciplina requeridos, en una relación de confianza y aceptación mutua con un comunicador que ame lo que hace en sí, a quien las injusticias retributivas no le hayan anulado esa potencialidad de disfrutar de la transmisión del conocimiento. Una educación que se convierte en mero instrumento para tener una salida laboral, es muy probable que no logre ni la felicidad ni la salida laboral. Tal vez la crisis económica que vivimos, haya empezado a animar a algunos jóvenes a pensar que ante la dificultad de lograr la retribución económica deseada, mejor es comenzar a desarrollar lo que satisfará su deseo profundo.

Recuperar la alegría

“El que no recibe el reino como niño...” Marcos 10,13

Solo un niño pudo decir “el rey está desnudo”. No especulaba con nada. El contacto transparente, espontáneo y honesto con la realidad, permite “ver” cuando todos se obnubilan. Permanecer conciente de sí mismo y del mundo cuando todos se alienan en frases hechas, diagnósticos estereotipados, slogans de publicidad disfrazados de análisis social y ataques de pánico. El que puede confiar en lo que perci-

be y siente, no funda su pensamiento en el rating. No instrumenta a los otros, ni se autoinstrumenta a sí mismo.

El niño o el adulto encuentran la realidad cuando están libres para encontrar y jugar con lo encontrado. Nadie encuentra nada si antes de que aparezca la aproximación ya le han ordenado cómo debe relacionarse y qué tiene que encontrar. La vida es en gran parte adaptación y cumplimiento, pero lo que hace que se sienta que la vida vale la pena de vivirse es, más que ninguna otra cosa, la apercepción creadora. Por eso a veces, aún ciertas maneras de impartir la catequesis impiden el encuentro interior de las personas con la realidad Trinitaria. Así como las madres eficientes que leen todo tipo de libros para aprender qué debe ocurrir en el bebé, no dejan lugar para maravillarse con lo que ella permite que el niño descubra.

Es que para hacer eso, también ella tiene que poder jugar y encontrarse en ese espacio con el niño. Si los adultos hemos perdido nuestra propia capacidad de juego, mal podemos ofrecer un área de articulación y encuentro. Esta es la esencia de la crisis de adultez. La maduración no viene por tragarnos un manual acerca de cómo debemos ser, sino en comunicarnos cada vez más profundamente con lo que somos.

En tiempos en que medimos la riqueza de una comunidad por su capital social, y éste por su potencialidad para la innovación, la investigación y la ciencia, debemos comprender que la posibilidad de trabajar juntos en relaciones de colaboración y cooperación, nos da un camino de posibilidades crecientes.

Volviendo a lo social

La ruptura con lo histórico y las tradiciones interrumpidas por migraciones o por dominaciones nos han dejado a merced de luchas ideológicas que parecen no aceptar la posibilidad del perdón, de la reparación, y aún de la Redención. Permanecemos escindidos, excluyentes y excluidos. Al desaliento se agrega el miedo. El miedo aumenta la ruptura, rompe la comunión, nos aísla y encierra. La sociedad crea sus propios sepulcros que nos apartan de la riqueza de la

vida comunitaria. Nuestros niños sólo juegan con los que comparten su segmento social.

Esta situación no es inédita y menos aún extrema. Muchas personas y pueblos han reconstruido sus posibilidades de vida sobreviviendo a situaciones límite, nutriéndose en la certeza de su vivencia de pertenencia a una comunidad que daba sentido al sufrimiento y en la que encontraban relaciones de amor y confianza que les revelaban el Amor de Dios.

Pero aquí es donde la grieta sobre la que se nos advertía muestra su hondura. Sin una tradición y una herencia cultural válida, no encontramos las vivencias compartidas sobre las cuales afirmarnos. La sociedad no tiene a su alcance una interpretación creíble de un proceso histórico más amplio que el presente extenso en que vive, en el cual inscribirse y comprenderse.

Si hoy asistimos a la crisis de representatividad de nuestras instituciones, es porque en ellas percibimos la corrupción de los vínculos de aquello que dicen representar. La ruptura con los representados es tan ancha como la grieta de identidad. Fragmentos del país disociados conviven sin diálogo ni encuentro. Como hemos visto, la restauración de la confianza básica permitirá la posibilidad de crear, de proyectar. Desde el sánscrito juego está asociado a vida. Y Ortega asociaba la felicidad con la ocupación del ser íntimo y pleno que supone lo lúdico. Ocupación que no antepone los beneficios que de ella extraerá, aún cuando éstos existan y sean legítimos. Sin ese marco, que Winnicott llamaría “ambiente suficientemente bueno” o, podríamos decir, suficientemente confiable, ningún sistema político, económico o social puede dar frutos. Escépticos crónicos, nos defendemos relativizando también estas afirmaciones.

La necesidad de encontrar solución a veces lleva a la obsesión por la eficiencia y el aprendizaje de técnicas. Esto es válido instrumentalmente si es el complemento de algo que antes nació en nuestro interior. Sólo desde allí puedo tener *una relación creadora con el mundo*. Si no es así, se convierte en un tecnicismo defensivo que carece de la capacidad operativa de insertarse en la realidad. Los actos de apropiación, poder, control omnipotente sobre la vida y desprecio por la naturaleza, bajo la justificación sacrificial exigida por

sistemas económicos, revelan la pérdida de esas relaciones de mutua aceptación que permiten la alegría y la gratitud y la generación de metas que trascienden la propia individualidad.

Cuando podemos jugar, nos damos de lleno a algún aspecto de la vida desde el cual desentrañamos el Misterio en el desarrollo de un deseo que percibe la Promesa y el Don.

Jugar no es ganar. Muchas veces tendremos además la alegría de ganar. Es gratuidad y es encuentro. Desde el vacío, se acaba el juego y comienza la adicción. Aún el deporte puede plantearse desde el compartir y jugar, pero también se corrompe cuando se transforma en la competencia para ganar a cualquier precio.

Cuando Diego Maradona dejó de "jugar" al football, con ese maravilloso don que tenía para dominar la pelota y posibilitar las jugadas del conjunto que llevaban al gol, porque un entorno al que nada interesaba el jugar lo llevó a una alienación de sí mismo, todos nos sentimos deprivados. Algo de alegría se perdió, algo de esperanza se perdió y lo que esa frustración simboliza no es ajena al aumento de la violencia en los encuentros supuestamente deportivos. Debajo de la fachada grotesca y permisiva que a veces toma la "barra brava" se vivió la estafa de una promesa.

Hoy la voz de lo comunitario parece tener el protagonismo. Pero la comunidad que nace desde los vínculos de interioridades que pueden compartir sin excluir. Mientras la sociedad siga instalada sólo en el discurso económico no lograremos crear esas condiciones que permiten la integración y el rescate de los distintos valores que nos identifican y enriquecen. Continuaremos como explicábamos al principio en ese mimetismo de lo externo que no nos permite reencontrarnos desde nuestros diálogos propios. Así como la incorporación de valores de otras culturas nos enriquece, porque incorporar es interiorizar y hacer nuestro, la obsesión por el mimetismo con las modalidades de países que consideramos más desarrollados, nos arroja una vez más en esa falsa identidad desde afuera.

No podemos seguir predicando la no viabilidad del futuro, porque el futuro, como dijo algún poeta, no nos pertenece. A nosotros nos compete vivir el presente y no romper el nexo entre las generaciones, para que el futuro no se desconecte de este presente, y este presente no se disocie del pasado, tanto en lo positivo como en lo negativo. No podemos fragmentar el tiempo artificialmente, como si viviéramos momentos aislados de un proceso sin vinculación que aumente el sentimiento de no pertenencia. Por eso es tan **importante profundizar en la historia, incluir a todos en el diálogo y ser testigos de la posibilidad de la construcción de la coherencia social.**

Lo saludable de este tiempo es que la medida del fracaso nos muestra la dimensión de lo ilusorio para señalarnos la profundidad de la transformación que debemos gestar.